

LA GITANILLA DE MADRID.



NUEVA RELACION

en la que se declara la peregrina y rara historia de la gitanilla de Madrid; de la suerte que la robó una gitana en Zaragoza, y otros varios sucesos que acaecieron, como verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Publique á voces la fama,
por los reinos mas remotos,
la mas peregrina historia,
el caso mas prodigioso,
el mas extraño prodigio;
el suceso mas heróico,
que jamás suceder pudo
desde Adan hasta nosotros.

Oigan los que amantes finos
son prisioneros dichosos,
sujetando su alvedrio
á los casos peligrosos
que resultan muchas veces
de los lances amorosos.
No quiero gastar mas tiempo
en frases ni en episodios,

sino pasar al asunto
que es digno de ser notorio,
y así voy á dar principio,
atencion, noble auditorio.
En la mas célebre pátria
de cuantas el claro Apolo
penetra con sus hermosos
y brillantes rayos de oro,
que en Zaragora la bella,
cuyos timbres no remonto,
porque por mucho que diga,
siempre quedaré muy corto.
En este jardin ó parque,
residia un poderoso
conde, de muy alta esfera,
y de grande patrimonio,
casado con una diosa,
igual á su sér en todo.
Vivian con mucho gusto,
con quietud, paz y reposo,
solamente deseaban,
para encontrarse dichosos,
de bienes un sucesor,
para que con este logro
se coronasen las dichas
en tan feliz matrimonio.
Con este deseo, pues,
hicieron los dos esposos
á la soberana Madre
de Dios Todopoderoso,
Virgen santa del Pilar,
una promesa gustosos,
diciendo: que si lograban
sucesion, para su abono,
le harian un novenario
de fiestas muy suntuoso,
de misas y de sermones,
juegos, torneos y toros.
Hecha pues esta promesa,
pasaron dias muy pocos
cuando la hermosa condesa

amaneció en cinta, y todo
fueron gustos y placeres,
de grande alegría asomos.
Pasados los nueve meses,
sacó á luz un prodigioso
estremo de la belleza
en una niña, que solo
se esmeró el cielo en dotarla
de perfecciones á colmo.
No refiero los festines
que celebró el conde heróico,
que seria perder el tiempo,
y cansar al auditorio.
Digo, pues, que recibió
de los nobles muy gustoso
los parabienes, y fué
todo placer, gusto y gozo.
Crióse la hermosa niña,
siendo el espejo de todos,
hasta dos años cumplidos,
cuando el conde muy gozoso
determinó celebrar
al simulacro precioso
de la Virgen del Pilar
el novenario; y ansiosos
buscaron los oradores
inteligentes y doctos:
y los músicos mas diestros,
con gran prevension en todo.
Llegó el dia señalado,
cuando de todo el contorno
á Zaragoza acudió
un concurso numeroso.
Con grande acompañamiento
y muy lucidos adornos,
el conde y su esposa parten
para el templo prodijioso,
y la nodriza tambien,
llevando en sus brazos propios
la niña, por quien se hacian
estos obsequios honrosos.

Era tan grande el tumulto,
que les era muy costoso
el poder cruzar las calles
por el gentío copioso.
Iban el conde y condesa
mano á mano y hombro á hombro
el ama tambien con ellos,
y los pages, pero todos
con tal gusto, que en sus pechos
no cabia el alborozo.
¡Pero ay Dios, y qué fingidas
son de este mundo engañoso
las glorias y los contentos;
qué poco duran, qué poco!
Decia bien el que dijo,
que cuando es mayor el gozo,
suele ser mayor la pena
que sobreviene á los ojos.
¡Quién habia de decir,
que un dia de tanto gozo,
se habia de reducir
á pena, llanto y asombro!
Así, pues, oyentes míos,
sucedió, y fué de este modo;
que yendo los dos consortes
para el templo primoroso;
con toda la comitiva,
muy alegres y gozosos,
entre el confuso bullicio,
sin saber por donde ó como
una gitana aparece
inducida del demonio:
llega del ama á los brazos
y hurta el precioso tesoro
de la niña, y muy veloz
huyó por medio de todos,
sin que persona ninguna
reparara en este robo,
que siempre en lances como este
suelen ser ciegos y sordos.
El ama muy afligida

con suspiros y sollozos
le dió parte á la condesa;
considere aquí el curioso
¡cuál quedarían los padres,
oyendo este lastimoso
suceso tan no esperado!
Quedáronse muy absortos,
y de la pena en el suelo
los dos cayeron redondos,
con un fatal accidente,
causando grande alboroto.
Los pages que acompañaban
á los queridos esposos
confusos y atribulados,
viendo el caso lastimoso
en hombros los condujeron
al palacio cuidadosos,
buscando médicos sábios,
que diligentes y ansiosos
aplicaron los remedios
mas oportunos y propios;
y con estas diligencias,
aunque con grandes sollozos,
volvieron en sí los dos;
mas con llanto tan copioso
que el corazón parecia
destilaban por los ojos.
La condesa suspiraba,
y con ayes dolorosos,
decia querida prenda,
á quien con el alma adoro,
pedazo de mis entrañas,
de mi cara espejo hermoso,
¡dónde estarás, hija mia!
¡quién te dará algun socorro!
El conde tambien lloraba,
como padre, y congojoso
hacia dos mil estremos,
y con cuidado celoso
hizo varias diligencias,
despachando muchos propios

por diferentes caminos; pero fué dificultoso hallar consuelo, pues nadie trajo el indicio mas corto, como si hubiera caido en el mas profundo pozo. Aumentóse la congoja, creció el llanto doloroso, duplicáronse las penas: pero me será forzoso dejarles en este estado, porque tan grandes ahogos, los padres que tienen hijos pueden comtemplarlos solo, mientras vuelvo á la gitana, que con paso presuroso, así como llegó al ható, en donde estaban los otros, despojó la tierna niña de los vestidos costosos, y dentro de un cofrecillo con gran cuidado guardólos y vistió de gitanilla aquel ángel prodijioso; y aunque afligida lloraba, con halagos cariñosos la consolaron: y en fin, partieron de allí muy pronto. Anduvieron por provincias y paises muy remotos, criáronla á sus costumbres, y esmerándose en todo en enseñarle á danzar, y cantar versos sonoros. Diéronla á entender, que aquella era su madre, y su esposo era su querido padre, ella inocente creyólo. Creció en edad, y era tal la belleza de su rostro, que pudo rendir á cuantos

miraban su talle hermoso. Salió en danzar tan diestra que era admiracion de todos, y en un salterio tañía con aire tan primoroso, que si la voz entonaba elevaba al auditorio, dudando si era algun ángel por lo agradable y gracioso. En fin, tan privilegiada era del Cielo en un todo, que por su fama, lograban hospedages muy honrosos su habilidad celebrando donde quiera los mas doctos. Yendo, pues, por varias tierras, llegaron á donde el sólio tiene nuestro gran monarca, y entre aquellos poderosos duques, condes y marqueses, en los saraos famosos se introdujeron, y tuvo su habilidad tanto abono, que á mas de adquirir gran fama, logró regalos preciosos. Tanto su fama voló, y se estableció de modo, que llegó al rey la noticia, el cual viendo los apoyos con tanto encarecimiento de verla muy deseoso, á dos grandes les dió orden que aquella noche á las ocho, ante su real presencia la lleven, sin que haya estorvo. Párome en aqueste punto, noble y discreto auditorio, que Vicente Benavente propone darle al curioso, en otra segunda parte, largas noticias de todo.

SEGUNDA PARTE.

en la que se refiere como andando corriendo la España, vinieron á parar á Zaragoza, y en manos de la Justicia por un falso testimonio; y estando sentenciados á la horca, se descubrió ser hija del Virey.

Ya dije, como mandó el rey que ante su presencia, aquella próxima noche, llevasen la bella Estela, que este fué el nombre que tuvo aquella veldad discreta. Cumplióse el real mandato con muy pronta diligencia; entró por el real palacio, subió, y con mucha destreza hizo los acatamientos ante la magested régia, y postrándose á sus plantas, sus reales manos besa, diciéndoles gran Señor, á quien Dios por su clemencia prospere en felicidades, y aumente la real diadema, á vuestras plantas me rindo, sujeta á vuestra obediencia, aunque indigna, y os suplico, perdoneis mi inadvertencia. El rey mandó que al instante un sarao dispusieran; ordenóse, y con tal arte se portó la linda Estela, que quedó admirado el rey, aficionada la reina, apasionados los grandes; y todos á competencia la rendian los aplausos, victores y enhorabuenas. Dijo el rey que este sarao en la noche venidera se habia de proseguir, que era gusto de su alteza, y le dió de regalía dos mil escudos á Estela. Acabóse la funcion, cuando sagaz y discreta, haciendo el debido obsequio, al rey le pidió licencia para partirse, y de todos se despidió con prudencia. Quedaron muy admirados de su docta inteligencia; pero el conde de Valverde, que con mayor advertencia atendia á sus acciones y habilidades diversas, quedó tan apasionado, que si bien se considera, se le transformó el festin en un piélago de ideas, en un vesubio amoroso, principio de sus tragedias. Hallábase tan prendado, que sentidos y potencias

voluntariamente ofrece,
sin que atienda á su nobleza,
porque el amar tarde ó nunca
en el desdoro contempla.
Vino la siguiente noche,
y si bien en la primera
sé porto Estela, parece
que en la segunda se empeña
á que con admiraciones
celebre su gentileza,
siendo esto para el conde,
como al fuego añadir leña.
Prosiguió en fin muchas noches,
siendo en cada una de ellas
un prodigio los aplausos
que logró: con que la reina,
viendo del rey los extremos
comenzó á formar sospechas,
trocándose su aficion
en celos que la atormentan;
y para salir de dudas,
y dar fin á sus quimeras,
dió secretamente orden
que de la córte salieran
Estela y su compañía,
sin que un punto se detengan,
so pena de su desgracia.
Supieronlo, y con presteza
ordenaron su viage
con notable diligencia.
Llegó al conde de Valverde
la noticia de esta ausencia
el cual instantáneamente
mandó que se detuvieran;
pero le satisficieron,
diciéndole que era fuerza
salir luego de la córte,
que su Magestad lo ordena.
Quedóse pasmado el conde;
pero como considera
que dentro de su corazon

quedaba estampada Estela,
decia consigo mismo:
si este lucero se ausenta
¿quien dará alivio á mis ansias,
y á mi pensamiento tregua?
¿quién ha de poder vivir,
sin gozar de su presencia?
Conde soy, ella gitana;
mas ¿qué importa que lo sea?
¿acaso será el primero
que desluzca mi nobleza?
Dios fué quien me crió conde,
en tan baja esfera á ella;
pero tambien puede ser,
que esté viviendo encubierta;
en fin, sea lo que fuere,
yo no puedo estar sin ella,
donde hay amor no hay reparo,
amarla ó morir es fuerza.
Llamó aparte al que juzgaba
padre de aquella belleza,
y le dijo: señor mio,
ya que la fortuna adversa
de esta suerte lo ha ordenado,
es precisó que usted sepa,
como estoy determinado
(sin lisonja en la materia)
á ser dichoso marido
de la bellissima Estela.
A qué respondió el gitano:
señor, mire su esclencia,
el que de una á la otra parte
es mucha la diferencia
y aquesta desigualdad
puede suceder que sea
motivo de arrepentirse,
cuando remedio no tenga;
no faltan en esta córte
damas de su igual esfera,
y así puede refrenar
esa loca pasion ciega.

Dijo al conde: no es posible,
por que si posible fuera
no llegara á tal extremo,
ni en tal confusion me viera.
Replicó el gitano, y dijo:
pues si el amor que profesa
su escelencia es verdadero,
se ha de examinar la prueba
para quedar satisfechos,
y ha de ser de esta manera:
que si pretende lograr
lo que su aficion desea,
se ha de venir con nosotros
vistiendo nuestra librea,
dos años corriendo el mundo,
y sabrás por esperiencia
nuestro modo de vivir:
y si al cabo se contenta,
luego puede disponer
lo que de su gusto sea.
Aceptó el partido el conde,
que el amor mucho atropella,
y luego instantáneamente
todos sus estados deja
en manos de un tío suyo,
diciéndole, que se ausenta
de la córte con secreto,
á cumplir una promesa.
Vistióse en fin de gitano,
(¡qué caro el amor le cuesta!)
trocó su palacio rico,
su regalo y asistencia
en un miserable estado,
en el que se representa.
Quien era conde en la córte
adornado de grandeza,
se vé en traje de gitano,
que es la última miseria.
Quién blanda cama tenia,
que descanso al cuerpo era,
ahora diversas noches

en el campo á la inclemencia,
del tiempo se vé abatido,
sin que remediarlo pueda;
pero nada siente el conde,
todo con gusto lo lleva,
porque á vista de quien ama
todo es gloria, nada es pena.
Cumplidos veinte y dos meses
cabales por buena cuenta,
llegaron á un lugarcillo
de Zaragoza dos leguas,
y en el meson se hospedaron,
que así lo quiso su estrella.
Tenía este mesonero
una hija, que en belleza
pudo competir con Venus,
y enamorada y resuelta
del conde, nuevo gitano
le hacía dos mil finezas;
pero viendo que no hallaba
alguna correspondencia,
determinó declarar
la pasion que la atormenta.
Él la despidió, diciendo
que freno á su amor pusiera,
porque no le convenia;
y ella porfiaba nécia
diciendo, con él se iria.
Y viéndola tan resuelta,
el conde la desengaña;
mas viendo que le despreciá,
quiso de él tomar venganza,
y en su mochila le encierra
todo un servicio de plata;
y cuando estuvieron fuera,
dijo á sus padres, faltaba
la plata que dicho queda.
Fuése el padre á la justicia,
salieron mas de cuarenta
hombres, y los alcanzaron:
registráronlos, y encuentran

las prendas: con que el alcalde, faltó de toda prudencia, les ultrajó de palabras, alzó la mano violenta para darle un bofetón al conde: mas con fiereza de una crul estocada muerto cadáver lo deja. Por fin, fueron á la cárcel, y con grillos y cadenas, al otro siguiente dia á Zaragoza los llevan. A este tiempo el que era padre de la bellissima Estela, se hallaba siendo virey, y fué quien dió la sentencia de que ahorquen los gitanos; y en este tropel de penas iban las pobres gitanas suplicando á la vireina, intercediese piadosa, que hubiera alguna clemencia: mas no pudo conseguirse. Y viendo que el plazo llega de entrarlos en capilla; y que remedio no encuentran la que entonces fué madre finjada de nuestra Estela, de la vireina á las plantas se postró, y su mano besa diciéndola: gran señora, como el perdón me conceda, la declararé un enigma, que puede ser que nos sea de gran gusto para todos. Y para saber lo que era,

la perdonó; y la gitana por estenso la dió cuenta de todo lo referido, diciéndola: como era su hija lo que miraba; y para prueba le enseña los vestidos que guardaba en uu cofre; y viendo cierta la novedad, del contento cayó desmayada en tierra. En esto subió el virey y vuelta en sí la vireina, le dió cuenta del suceso, y tambien declaró Estela, como el que estaba en la cárcel de muerte con la sentencia, era el conde de Valverde, que ha de casarse con ella. Todo fué placer y gusto, fueron y lo echaron fuera: el conde dió su descargó, y quedó como quien era: á los gitanos les dieron bienes con que mantuvieran decentemente su vida, luego las bodas celebran. Súpose en la córte el caso de lo cual muchos se alegran, y á la Virgen del Pilar le hicieron solemnes fiestas en hacimiento de gracias de dicha tan placentera. Y Vicente Benavente de esta gustosa novela concluye la relacion, y humilde el perdón espera.

FIN.

CARMONA:—1859.

Imp: de D. J. María Moreno, calle Juan de la Cabra, núm. 4.